



## Desodorante, una forma de vida\*

Herberto G. Contreras y Leticia Garibay

Una de las principales preocupaciones de los seres humanos en los últimos cien años ha sido la imagen exterior que ofrecemos a nuestros semejantes. Vivimos, como dice Giovanni Sartori, en una sociedad que ve, por lo que sus estímulos son más visuales que de cualquier otra índole. Hemos dejado de ser *Homo sapiens* para convertirnos en *Homo videns*. Sin embargo, esa imagen a la que nos referimos no es del todo visual; hoy en día miles de personas en el mundo se preocupan por mostrar una buena figura, vestir con ropa de moda y utilizar las combinaciones más favorables; se cuidan al hablar para pronunciar las palabras más correctas, y un punto muy importante; siempre emiten un buen aroma.

Remitámonos a este último punto, el olor corporal, el cual ha dado vida a una industria interminable de desodorantes para el cuerpo que han evolucionado en un sinfín de sustancias específicas para cada parte del cuerpo: desde desodorantes para los pies y las axilas, para la higiene íntima y para el aliento y la cabeza, hasta desodorante para la ropa o el ambiente que podemos encontrar en cualquier anaquel de un supermercado. No obstante, el cuidado del buen olor corporal no es tan nuevo como creemos y, más aún, tal parece que los desodorantes pueden estar afectando gravemente nuestra salud.

Desde la antigüedad y hasta mediados del siglo XIX, los olores han sido investidos de extraordinarios poderes de vida y de muerte. Los mitos antiguos vinculados con los filtros de amor y los aromas afrodisíacos elaborados por

\* (Con información del Instituto Smithsonian, el Centro Nacional para el Estudio e Investigación del Cáncer y el Times de Londres).

los alquimistas dieron una connotación mágica a los perfumes. Uno de los primeros antecedentes del cuidado personal lo encontramos en la antigua Roma. Los hombres del Imperio Romano tenían diversas fórmulas para conseguir efectos semejantes a los de un desodorante: después de lavarse, se colocaban en las axilas unas almohadillas con sustancias aromáticas que provenían de algunas plantas. Aun así, estaban muy lejos todavía del padre de los desodorantes de uso personal producidos en serie: el Odorono, una marca que devendría nombre genérico, que lanzó al mercado el primer desodorante que, en sus comienzos, solamente se vendía en las farmacias. La publicidad que promovía el nuevo producto mostraba a una bella joven huyendo de su galán al comprobar que el aroma del desodorante lo había abandonado. Por primera vez los mandamientos de la higiene triunfaban, y el amor que la vista generaba en la antigüedad fue desplazado por el amor a través del olfato.

El odorono fue fabricado por primera vez en los Estados Unidos con una mezcla de sulfato de potasio y aluminio. Después de la Segunda Guerra Mundial, su uso se generalizó prácticamente en todos los países occidentales, hasta que abarcó una gama de variedades que parece no tener fin.

En la actualidad, el proceso parece revertirse; ahora se ofrecen por televisión, prensa escrita y radio una gran cantidad de aromatizantes a base de feromonas, que paradójicamente son las hormonas que se desprenden de nuestro cuerpo y que en la naturaleza son las encargadas de atraer al sexo opuesto; sin embargo, huelen a "hombre" o "mujer", y son los aromas que los desodorantes borran para cambiarlos por fragancias de jazmín, rosa o limón, por citar sólo algunos.

Pero la cuestión de los desodorantes va más allá de su historia. Las implicaciones que

este químico de uso diario tiene han llegado a niveles tales como el de relacionarse cada vez más con el desencadenamiento de enfermedades tan letales como el mismísimo cáncer.

Recientemente, unos científicos británicos dijeron haber detectado ciertas sustancias químicas que se hallan en los desodorantes para axilas en los tumores de pacientes con cáncer de mama. Se trata de un grupo de investigadores de la Universidad de Reading, quienes descubrieron restos de unas sustancias químicas llamadas parabenos en las muestras de tejido, lo que demostraría que los conservantes pueden acumularse dentro del cuerpo, aunque no se ha probado una relación directa e indudable con el cáncer de mama.

Su detección en los tumores de pecho es motivo de preocupación porque los parabenos han dado muestras de imitar la acción de la hormona femenina llamada estrógeno, y los estrógenos pueden propiciar el crecimiento de esos tumores, tal y como lo señalara uno de los investigadores involucrados en el estudio, quien además agregó que sería prudente estudiar si los parabenos deberían seguir utilizándose en este tipo de cosméticos que se aplican en la zona del pecho.

Ello ha desencadenado una gran polémica, como siempre ocurre entre las grandes firmas farmacéuticas y las empresas de cosméticos y otros productos para el cuidado de la belleza. A pesar de los indicios de que algunos productos químicos que se encuentran en los desodorantes y antitranspirantes pueden estar aumentando la incidencia del cáncer de mama, algunos centros especializados insisten en que no existen pruebas que lo demuestren.

El cáncer de mama es una enfermedad compleja, de la cual aún no se conoce lo suficiente no sólo en torno a la sospecha de que pueden provocarlo los desodorantes, sino de su formación en general en el sexo femenino, por lo que, en Inglaterra, organismos como el Centro de Investigación contra el Cáncer de Mama destinan una buena cantidad de fondos a tal tipo de investigaciones.

Cuestión de higiene personal, de estética y salud o tema central de polémica y debate en torno a la vida humana, el desodorante está presente en nuestras vidas; sin embargo, tal parece que no lo conocemos del todo. Sin duda sólo la ciencia nos podrá ofrecer las respuestas.